

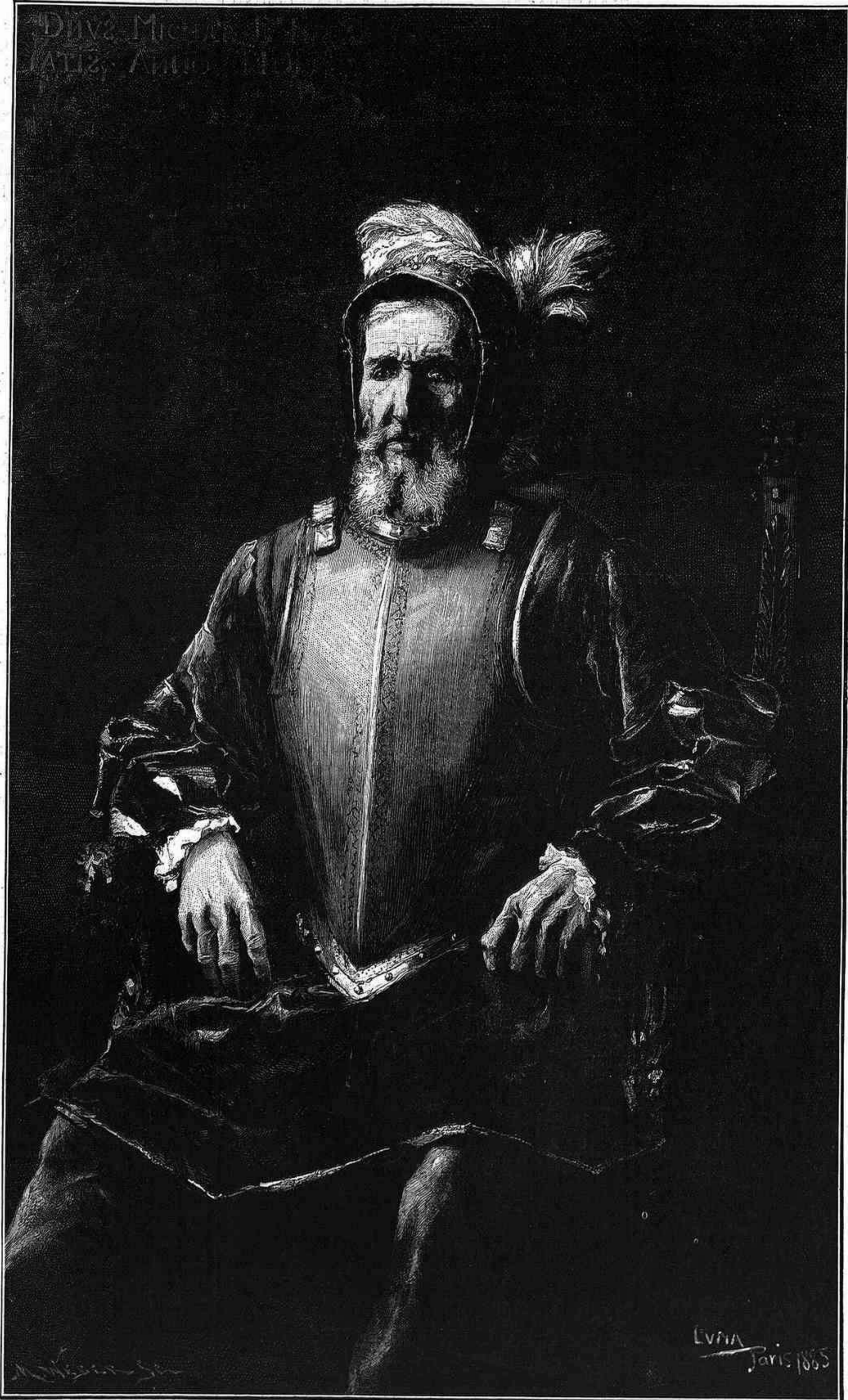
# ILUSTRACION ARTISTICA

AÑO V

← BARCELONA 13 DE DICIEMBRE DE 1886 →

NUM. 259

REGALO Á LOS SEÑORES SUSCRITORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MIGUEL LÓPEZ DE LEGASPI, primer gobernador español de las islas Filipinas

Copia de un cuadro de J. Luna



ni se mueve, ni se anima ni se exalta, y sabido es que las grandes cosas y empresas no se llevan a cabo sin el calor del entusiasmo. La fe no es nada si no toca en el fanatismo, ni el valor sin la temeridad, ni el amor sin la fiebre del corazón, ni la ciencia sin la fiebre del espíritu. El honor ha sido una preocupación, la guerra un frenesí, utopías los inventos, aventuras las exploraciones, y entre estos impulsos temerarios que buscan lo desconocido y peligroso y el miedo a los peligros que engendran el espíritu de conservación y el apego a la vida, se balancea la misera humanidad.

Estas y otras reflexiones semejantes me asaltaron durante la noche y el siguiente día al considerar la respuesta del hombre a quien miraba como mi perseguidor. Llegué hasta persuadirme que el temor por mi seguridad personal era infundado; que la caja de los desventurados libros no había entrado en territorio ruso; que el hombre que me había seguido en mis dos expediciones por la ciudad era una figura de viento, un vapor, una imagen sin existencia en el mundo exterior, en una palabra, que el miedo al destierro en la Siberia había producido en mi cerebro esa alucinación. Bien es verdad, que esa persuasión no salía del terreno de la dialéctica y de la razón. Para mis adentros, no las tenía todas conmigo; porque los sentidos respondían a la lógica: ¿Y el rostro, y el traje y la estatura y la voz? ¿No hay ya en el mundo signos seguros para distinguir la realidad de la nada y del viento?

Pero aun quedaba otro problema que resolver. Concedido que fuese ilusión óptica ó fantasma de antro, ¿porqué toma la figura de un miembro de la policía y no otra manifestación ó apariencia? La persecución política de un gobierno tiránico reviste muchas formas y maneras, más graves, invisibles y temerosas, que la de un simple polizone que corre inútilmente tras de los trineos y admite rublos y cigarros. Esto era pueril, necio, y sobre todo, infructuoso. Era una muestra bien pobre de organización inquisitorial, una parodia ridícula del sistema tenebroso que ha hecho célebre a la política rusa.

La duda quedaba en pie aunque el miedo lo iba perdiendo. Aquel día tuve carta del apoderado de París y no había una palabra referente al asunto que tanto me pre-



EL MIEDO, cuadro de J. Wopfner

ocupaba. Si hubiese remitido el talón, parecía lo natural que dijese: confirmo mi anterior que llevaba el documento para recoger la caja de libros. ¿Qué pensar en este mar de confusiones?

Pero hay un medio muy seguro en estos casos, sólo que la flaca humanidad no sabe aprovecharlo. La gran reali-

dad de esta vida es que todo cambia, se mueve, y se trasforma. Ni el miedo, ni la ilusión, ni el deseo, ni el dolor, ni el placer de ayer son iguales a los de hoy. Cuando una afección del cuerpo ó del ánimo llega a su climax, ó según la expresión corriente al período álgido, lo natural es que cede. No hay cosa más socorrida que un día detrás de otro. Pues bien, dije yo, este mal mío presente necesita de remedio de pëndola. Ande el tiempo, corran las horas y veremos claro.

IX

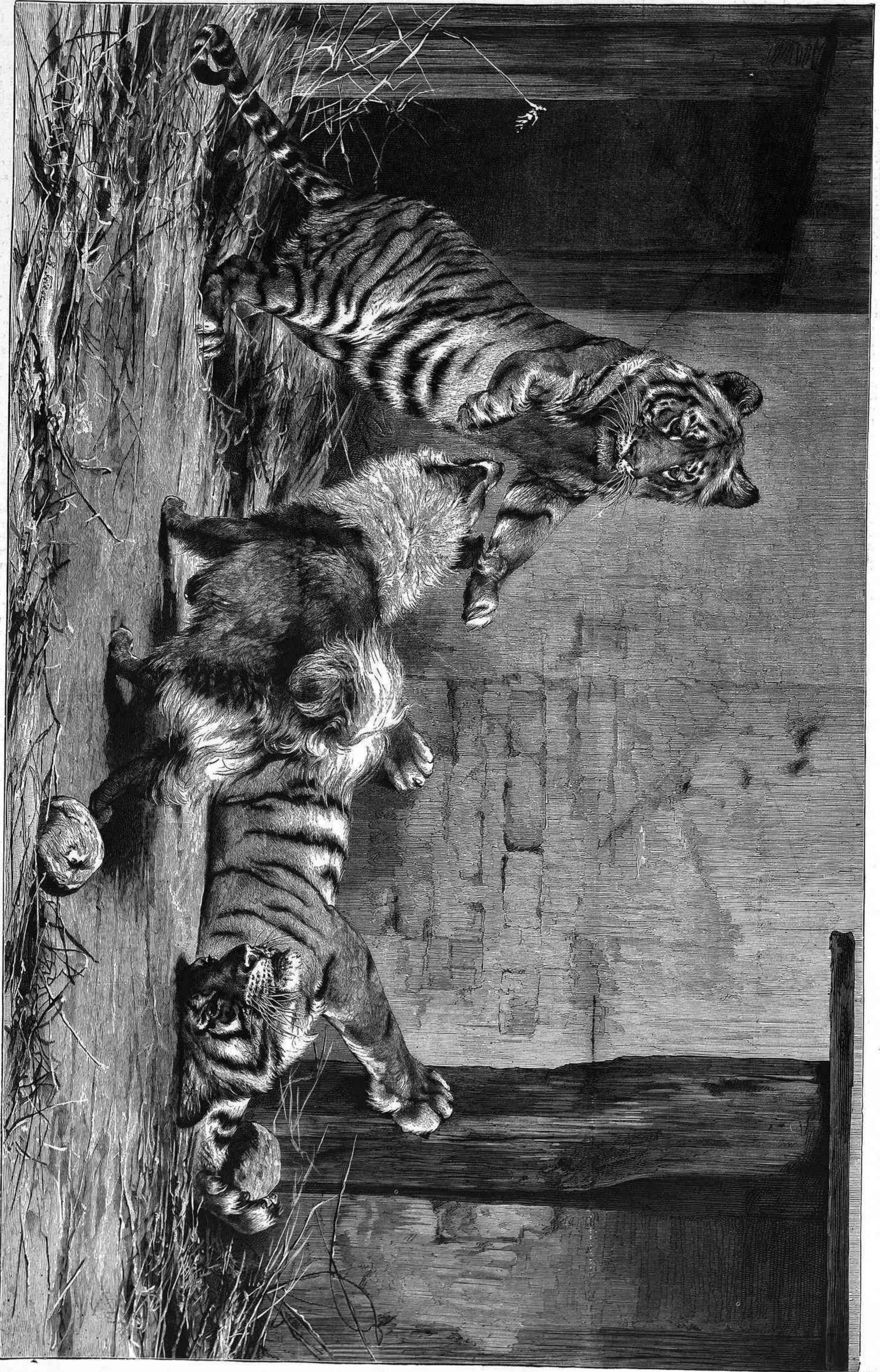
Monsieur de Clairville tuvo la feliz ocurrencia de personarse en la legación a las dos de la tarde, conducido en un elegante trineo y con un cochero que decía él no lo había mejor, fuera del que conduce el carro del rubicundo Apolo, de quien es fama que todavía no ha chocado con el vehículo de ningún otro auriga celeste. Concedo que estos pilotos en tierra firme son muy hábiles en Rusia y que por especiales circunstancias se camina allí más velozmente que en ninguna otra parte; pero conducir un trineo con una ó dos personas por anchas calles, no es lo mismo que conducir un ómnibus al trote de los caballos, con veintiocho personas encima, por las angostas calles de Londres atestadas de carruajes de todo género: *un-cuique suum*.

Como el día convidaba con sus veinte grados bajo cero para envolverse en una piel y salir a gozar de los encantos de una ciudad del norte, mi amigo propuso que fuésemos al otro lado del Neva, a recorrer las varias islas, que enlazan pintorescos puentes de madera, y donde hay bellísimas casas de verano, muchas con pretensiones de palacios, y sobre todo, a disfrutar del inefable placer de deslizarnos, ó mejor dicho precipitarnos por «montañas rusas». Los meridionales no sabemos qué hacer con el hielo cuando de tarde en tarde nos visita; pero los rusos le han hecho servir para recreo y diversión nacional.

No puede negarse que el hombre tiene ingenio para acomodarse a todolo que le cae en suerte en esta vida, y aún en la otra; pues al paso que los curas amenazan en los países cálidos con fuego eterno en el infierno, los sacerdotes rusos tienen que pintar este lugar a los pecadores con un frío que hiela los tuétanos.



IDIILIO ENTRE PESCADORES, cuadro de Falkenberg



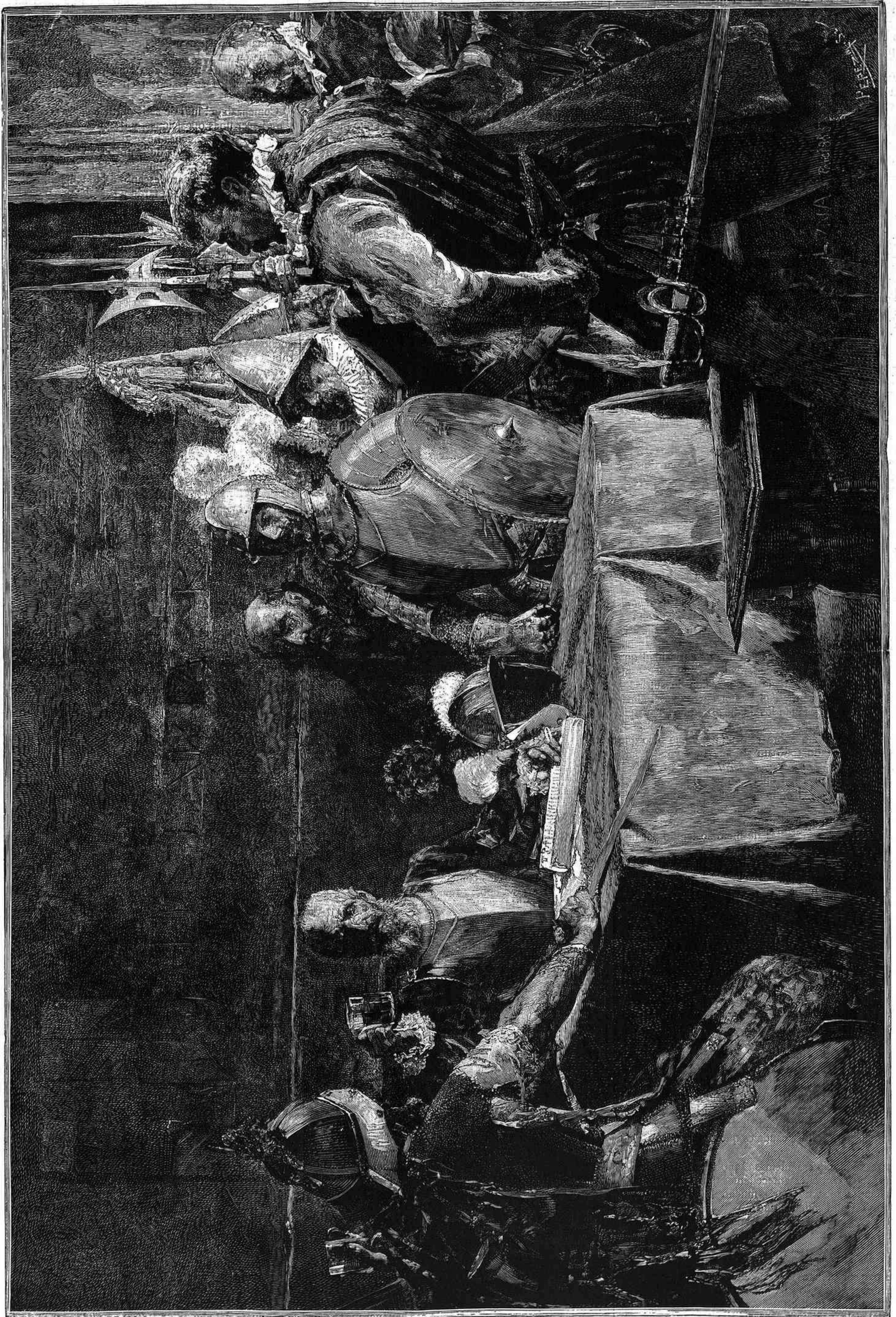
LOS TIGRES JÓVENES Y EL PERRO, cuadro de R. Preise





BODAS DE UN PRÍNCIPE ESPAÑOL EN EL SIGLO XV, CUADRO DE S. S. BARBUDO





EL PACTO DE SANGRE, ceremonia verificada entre el gobernador español de Filipinas M. I. Legaspi y Sicutuna, reyezuelo de las citadas islas, (copia de un cuadro de J. Luna.)



Excusado es decir que al montar en el trineo ví á mi sombra, rabo, perseguidor ó fantasma, pero la presencia de mi amigo me hizo refrenar toda manifestación de enojo ó de sorpresa. Atravesamos el magnífico puente de San Nicolás, delante de cuyo santuario se quitó el cochero la gorra de nutria que llevaba hasta las orejas, mientras con la izquierda mano tomó ambas riendas, se puso de pie sobre el pescante y se santiguó á la usanza griega la friolera de una docena de veces, costumbre general de los *isvoshtis* cuando pasan por delante de algún templo, capilla ó santuario, y como de éstos está llena la capital sería curioso el cálculo de los que mueren víctimas de su devoción.

Al entrar en aquel archipiélago en miniatura que es la residencia de verano de los petersburgueses, pasamos cerca de un cementerio, donde vimos en derredor de un sepulcro sencillo de piedra, varias personas de ambos sexos, que cantaban, bailaban y bebían sendos tragos de vino.

— Supongo — dije yo, — que esos son los parientes del difunto, porque los extraños no osarían cometer tal profanación en un campo santo.

— En efecto — dijo Mr. Clairville, — y si V. hubiese llegado á esta capital un mes antes, habría podido ver la gran función del día de difuntos exornada con todo el aparato que exige su argumento. El cementerio se convierte en una bacanal; en vez de charcos de lágrimas hay lagunas de vino, y es preciso hacer requisición de todas las ambulancias para trasportar gente ebria incapaz de volver á pie á sus hogares. ¿Qué quiere V.? En cada tierra su uso.

— Ya lo veo, — respondí; — pero creía yo, que en este país clásico del sorbete, las bebidas frías eran las más salutíferas, por cuanto disminuyen el gran calor concentrado en el estómago y lo reparten por todo el cuerpo.

— Así debía ser, amigo mío; pero créame, le digo á mi vez, que no hay gentes más dadas á las bebidas fermentadas y alcohólicas que los habitantes de climas fríos. En mi opinión el ruso es el mayor bebedor en Europa. ¡Es tan dulce contrarrestar el movimiento perezoso de la sangre en estas altas regiones! Vosotros los meridionales tomáis la vida de los rayos del sol, á él debéis vuestro ingenio chispeante. Cualquier otro estímulo artificial os enloquece y mata; pero aquí donde el señor Febo nos mira de soslayo, es preciso que entren á calentar el espíritu los rayos de sol en forma de aguardiente, y que la inspiración se beba en copas de Jerez y entre la chispa con el chispeante y espumoso Champagne.

— Lo que á mí se me figura, — respondí, — es que la embriaguez es achaque de gentes embrutecidas é ignorantes, que se dan á ese placer por falta de otros más delicados y racionales. Cada individuo tiene cierta suma de actividad que ha de emplearse, cierta suma de curiosidad que ha de satisfacerse, y un verdadero derecho al goce espiritual y material, como tiene la obligación de sufrir los males y dolores y contratiempos del cuerpo y del alma. Claro es que, donde faltan los medios legítimos, hay que apelar á los ilegítimos.

Más hubiera dicho sobre este punto, y aun creo que hubiese desarrollado todo un sistema que yo denominaba entonces de la *balanza moral*, como los economistas tienen la suya del comercio y la riqueza, cuando dimos por entonces término á la jornada en una especie de explanada que rodeaban desiertas quintas y *chalets* á la usanza de Suiza. En el centro se elevaban dos altas montañas rusas ó pendientes de hielo sostenido por una armazón de madera, que corrían paralelas aunque en dirección contraria, por espacio, quizás, de un cuarto de milla. Al pie de la más cercana había hasta media docena de trineos y doble número de personas de varias edades, formando el bello sexo la mayoría. Los cocheros hacían su rancho aparte y así los amos como los criados reanimaban el espíritu con sendos tragos, acompañados de fiambres, repuesto que no debe olvidarse en tales excursiones, pues ninguno de los cuervos se cuida de llevar pan, aunque están aquellos lugares tan desiertos como el que habitó San Pablo.

Aquello era una agradable sorpresa que me había preparado Mr. de Clairville, quien dirigiéndose con aire familiar á la alegre compañía, hizo mi presentación en regla. Era, en efecto, la familia de un rico comerciante francés, dueño de uno de los más elegantes bazares de San Petersburgo, en cuyo negocio tenía participación mi amigo, y sacaba de él una pingüe renta, porque fuera de los artículos de industria ordinaria y grosera, los franceses son los grandes proveedores de objetos de lujo en la gran corte del Czar, y llaman á San Petersburgo *la América de Europa*, por los grandes caudales que en ella se hacen en poco tiempo.

Mr. de Clairville era además el prometido de la mayor de las hijas, y con tales antecedentes, júzguese del buen acogimiento que se nos haría, mucho más habiendo aún otras tres jóvenes solteras, que allí estaban embutidas en ricas pieles, por cuya razón nada pude juzgar de sus talles ni gentileza personal. Una mujer envuelta en capuchones y túnicas con las manos hundidas en anchos guantes sin dediles, y los pies blindados en calzado doble, no puede parecer bien, así sea la diosa Venus en persona. Sin embargo, los ojos y la nariz de una de las jóvenes cautivaban de tal modo, que desearía cualquiera ver llover fuego del cielo, para que cayese á tierra todo aquel envoltorio encubridor sin duda de formas seductoras.

## X

La orden del día era el recreo de las montañas rusas, y no pasó mucho tiempo sin que todos se dispusiesen á

aquellos viajes en líneas viciosas. Cada montaña es accesible por la espalda por medio de una escalinata de madera, al fin de la cual hay una meseta ó plataforma, á la altura de siete ú ocho metros, en cuyo lado opuesto empieza la pendiente, prolongada al llegar al nivel de la planicie hasta la distancia que se ha dicho, en donde otra montaña igual devuelve al volador trineo al sitio de donde ha salido. El viaje se hace sobre un pequeño taburete prolongado que descansa en dos barras de acero del grueso que suelen tener las de los patines. Sobre él se sienta el viajero á la vez conductor ó timonero de aquella microscópica barquilla, á la cual dirige apoyando las manos sobre el hielo á uno ú otro lado en caso de que tuerza su curso, ayuda de que no necesitan los maestros en el oficio. Los novicios han de sentarse por fuerza en las rodillas de un conductor experimentado, y es costumbre que las jóvenes han de precipitarse en las de un caballero.

El primero que rompió la marcha fué Mr. de Clairville, según dijo para que me sirviese de ilustración ó muestra, y tomando asiento sobre él su futura esposa, ambos cayeron con la velocidad del rayo, viéndose luego un punto negro que se alejaba por la blanca cinta de hielo, hasta que á los pocos instantes, volvía á divisarse, arrojado por la montaña opuesta, creciendo en tamaño y viniendo á anclar en el punto de partida.

Yo debía formar parte de la segunda expedición; pero me humillaba la idea de pedir práctico donde á mi parecer no había escollos.

Tomé, pues, mi trineo y comencé á subir con ánimo resuelto la escalera.

— ¡Cómo! ¿va V. solo? — exclamó asombrado Mr. de Clairville, interponiéndose en mi camino.

— Voy á conquistar el derecho de ir acompañado, — respondí dirigiendo una mirada á la invisible huri, que también había acudido al ver mi temeraria resolución.

— Piénselo V. bien, — repuso mi amigo, — mire que aquí no basta el valor, es preciso la experiencia.

(Continuará.)

## EL PLACER DE LOS DIOS

Así llamaban á la venganza los antiguos y así la llaman los modernos; porque, sin desconocer la ley del progreso, es necesario convenir en que las preocupaciones, cuando han arraigado muy profundamente en las costumbres del pueblo, con dificultad se desechan: juicio de Dios se llamaba el duelo en la Edad media, y si hoy no lo llamamos así, como juicio de Dios lo consideramos cuando á él remitimos la satisfacción de nuestros agravios. Filósofos, moralistas, autores dramáticos, profundos pensadores, escritores sensatos, han anatematizado el duelo, probando, en todos terrenos, su ineficacia como reparación incierta, su injusticia como lucha desigual, su barbarie en todos conceptos; el duelo, en esta cruzada contra él iniciada muchos años hace, no ha tenido un solo defensor: sus impugnadores surgen á cada paso, se multiplican, predicán, escriben, peroran; los oyentes y los lectores encuentran excelentes sus razones, hallan incontestables sus argumentos; pero los hombres continúan batiéndose.

Así sucede en todo. Aun los católicos llaman *Minervas* á determinadas procesiones religiosas; aun conservan recuerdos vivos de ciertas fiestas del paganismo; aun repiten, en fin, que *la venganza es el placer de los dioses*, porque asentó tamaño disparate un famoso poeta, no sé si griego ó latino, que no me he curado de averiguarlo: pues para asentar y sostener adefesios y tonterías nos bastamos y nos sobramos los contemporáneos, y no hay para qué ir á buscarlos á épocas remotas, de esas que, según la locución admitida y casi reglamentaria, se pierden en la noche de los tiempos.

Por lo que á mí hace, declaro que no soy vengativo, ni comprendo que pueda serlo nadie. Si dijera que no soy sensible á las injurias que se me inferen, á los agravios que se me hacen, á los daños que intencionada ó injustamente se me causan, mentiría y no tengo por qué mentir ahora. Siento profundamente, con honda y amarga pena, las ofensas que recibo: cuando á lo duro de la ofensa se une, como muchas veces sucede, la ingratitud del ofensor, la injusticia y sinrazón de su proceder, lo miserable y rastrero de los medios empleados para perjudicarme, siento algo interior que me transforma en otro hombre; olvido que para algo tengo el pensamiento; lo olvido todo, y recuerdo sólo el dolor que me abrumba, lo inmerecido de mis sufrimientos, la villanía del que me vendió; y si en aquel momento mismo, viese delante de mí al que causó mi mal, sin buscar armas, en las cuales ni remotamente pienso, sin padrinos, sin preliminares de ningún género, me arrojaría sobre él; vigoroso y fuerte habría de ser mi adversario si yo no lograba estrangularle ó deshacerle entre mis manos.

Eso, por fortuna, dura poco; es un extravío, es una excitación nerviosa que luego pasa; la razón recobra sus fueros, la inteligencia torna á imponerse á la voluntad y acaso algunos instantes bastan para probar que ni el asunto tiene la gravedad de que el espíritu acalorado, enardecido le revestía, ni la intención del ofensor fué tan aviesa, ni hay en la cuestión las infamias, las arterias y las traiciones que la imaginación había hecho ver en un principio. En último resultado, si todo eso hay (porque se dan casos en que hay todo eso), yo compadezco al desdichado raquítico de alma, envidioso de condición, pobre de sentimiento, que trató de perjudicarme, que harto trabajo tiene con tales dotes y perdono de todo corazón el agravio. No lo olvido, eso no, lo recuerdo, y ese recuerdo me sirve

para preservarme de agravios nuevos; pero ni por un momento me pasa por la imaginación la idea de la venganza, el deseo de gustar del *placer de los dioses*, antes por el contrario, si se me presentara ocasión de hacer un servicio á quien me agravió, no vacilaría en hacérselo.

Algo ha contribuido, y aun mucho, á confirmarme en esta manera de pensar y de proceder, una historia, — triste historia en verdad, — que siendo yo muy joven, casi niño, oí de labios de un anciano achacoso, cuyas palabras y cuyos consejos se grabaron en mi alma con caracteres indelebles.

Comenzaba el mes de setiembre de 1854: preparábame para hacer unas oposiciones, y después de haber consagrado al estudio muchas horas del día y con el fin de dedicarle también algunas de la noche, yo, en busca de aire con que refrescar mis pulmones y de distracción para espaciar el ánimo y dar descanso á la atención, salía diariamente á la caída de la tarde y paseaba una ó dos horas por los sitios más apartados y menos concurridos del Retiro.

Al llegar á las alturas del telégrafo antiguo, encontraba todos los días, sentado en uno de aquellos bancos de piedra, al anciano á quien antes me refería, de ordinario sumido en profundas meditaciones, no nada alegres, á juzgar por la expresión de su semblante, el cual, aun con ser triste, más que triste lúgubre, no era repulsivo, antes inspiraba respetuoso cariño: cerca de él jugueteaba siempre, con el aturdimiento, la bulliciosa alegría y el inquieto regocijo de los pocos años, un niño encantador: de cabellos rubios y rizados naturalmente, de ojos azules y grandes, vivos, inquietos, alegres, de sonrisa franca, el chiquillo era una verdadera joya y bastaba verle una vez para quererle entrañablemente.

Yo he sido siempre amante de los niños; cuanto más revoltosos y más traviosos, tanto más me han gustado; no tardé mucho en hacerme gran amigo de mi compañero de paseo.

Por él supe que se llamaba Rafael y que el anciano era su abuelito y se llamaba Pedro: que no tenía más parientes, ni había conocido á sus padres; que su abuelito era muy bueno y le quería muchísimo, aunque estaba siempre muy triste, y que algunas veces cuando entraba de pronto en su cuarto le veía llorando.

Las noticias del niño me interesaron y casi insensiblemente fui intimando, no solamente con Rafael, sino hasta con su abuelo, á quien el niño me presentó con toda solemnidad, diciéndole que era yo un amigo que le había salido en el paseo.

Como fácilmente se comprende, no cometí la indiscreción de preguntar á Pedro, ó D. Pedro (que así le nombraba yo), la causa de su tristeza; pero una circunstancia casual me hizo conocer pormenores de su vida.

Ocurrió por aquel entonces que un mi amigo (así se llamaba y por tal le tuve), me causó intencionadamente grave daño y aun pretendió causármelo mayor haciendo en mi descrédito y desprestigio cuanto le fué posible. Cuando aquella inesperada traición, que no vacilo en calificar ahora mismo de felonía, llegó á mi noticia, tuve momentos de verdadera locura. Era el primer desengaño que experimentaba, era la infamia primera con que tropezaba en mi vida, y la impresión fué dolorosa y terrible. Trizas habría yo hecho sin vacilación al que tal desaliento y tal desencanto había llevado á mi alma confiada y alegre. Aquello pasó: algo más tranquilo aunque agitado todavía, más como quien obedece por instinto á la fuerza del hábito que como quien realiza conscientemente un acto voluntario, me dirigí al Retiro: encontré allí á mis buenos aunque nuevos amigos, los cuales no pudieron menos de advertir en mí algo que ordinariamente no se advertía. Interrogado con afectuoso interés por D. Pedro, yo, con la ciega confianza que dan los pocos años y en la necesidad de comunicar mis penas á alguien, necesidad que me agujaba sin que yo me diese cuenta de ello, lo referí todo, sin ocultar los impulsos de venganza que se habían apoderado de mí y que, á decir verdad, todavía no estaban del todo desvanecidos.

Don Pedro, al escucharme, tornóse pálido, púsose convulsivo, y con voz entre imponente y trémula me dijo:

— ¡Oh! amigo mío, nunca, nunca puede ser justa la venganza. Si el corazón nos impulsa hacia ella, desoigamos al corazón, y si él se obstina en hacerse oír, arranquémosle del pecho antes de escucharlo. Nada, ni la más horrible ofensa, ni el agravio más cruel justifica la venganza, acto vil, represalia infame, que no remedia el mal causado y los produce mayores.

Cuando hubo pronunciado estas palabras, como si en ellas hubiese gastado todas sus fuerzas, dejóse caer sobre el banco y ocultó el rostro entre las manos: Rafael y yo, que le habíamos escuchado con atención y le contemplábamos en silencio, observamos que sollozaba; al poco rato, cogió el anciano con cariñoso transporte á Rafael, lo sentó sobre sus rodillas, le cubrió de besos, lo acarició durante largo rato y después precipitadamente se despidió de mí, no sin decirme al estrechar mi mano:

— Lo repito, amigo mío, todo menos vengarse: cualquiera cosa, sea la que fuere, es preferible á la venganza.

En honor de la verdad, debo decir que no había yo menester tan enérgicas advertencias para desistir de vengarme, cosa en que, en puridad, no había pensado; pero la conducta del abuelo de Rafael no pudo menos de impresionarme. Así se lo manifesté al día siguiente, expresándole al mismo tiempo que había ya perdonado la ofensa del que se llamó mi amigo y que no pensaba tomar venganza.

— ¡Ah! — replicó, — V. es un joven de nobles sentimien-

tos y de corazón generoso. Veinticuatro horas han bastado para borrar en su alma la impresión del agravio; una semana le sobrará para olvidarlo; ¡desdichados los que como yo acarician el pensamiento de la venganza durante muchos años, y si advierten que el rencor comienza a extinguirse, lo excitan y lo recrudecen con el recuerdo de la injuria! Esos llevan la maldición consigo, van acompañados por la desgracia y hacen desgraciados a los que a su lado viven y con ellos se relacionan.

Vete a jugar y a correr en otro jardín,—dijo a la sazón a Rafael, que estaba cerca de nosotros,—tengo que hablar con este caballero. El niño obedeció, como siempre, sin replicar, y pronto le vimos correteando, olvidado de todo y sin pensar más que en la enorme pelota de goma que le servía de gran entretenimiento.

Entonces, D. Pedro, señalándome a Rafael, que parecía entonces, alumbrado por los oblicuos y amarillentos rayos del sol poniente, una creación de Murillo, me dijo:

—Vea V. ese pobre niño; cuantos le ven, le quieren; los que le tratan, le adoran: es lindísimo, eso lo ve V.; pero es más bueno que hermoso, eso lo sé yo, yo que soy su única familia, toda su familia. Su madre ha muerto, cuando él era todavía demasiado pequeño para conocer lo que perdía; su padre murió sin haber podido dejarle su nombre. Huérfano, sin parientes, sin nombre, tal se halla Rafael, a quien sabe Dios qué sinsabores reserva el porvenir, y todo... todo por una venganza de que me acuso constantemente y por la que yo mismo me habría impuesto sin piedad la última pena, si ese ángel no tuviera necesidad de mi vida que es para él toda entera y que no tendrá objeto cuando él no la necesite.

Ayer debí parecer a V. extravagante: cuando V. conozca los hechos que pienso referirle, comprenderá mi excitación. Usted tuvo confianza en mí, V. ha sabido captarse la simpatía de mi pobre Rafael; esto para mí es suficiente garantía: por otra parte, mi historia merece ser conocida: a mí el referirla una vez más me servirá de cruel castigo que merezco mucho, a V. el escucharla acaso le sirva de advertencia para los acontecimientos de la vida: V. es joven, tiene delante de sí muchos años de lucha, de contradicciones, de decepciones; tal vez le pueda ser de saludable enseñanza mi ejemplo.

Bien lejos estaba yo en 1840, cuando me hallaba al frente de un acreditado establecimiento de ebanistería en Madrid, de sospechar que la tranquilidad de mi hogar, la paz de la familia, el bienestar de que gracias a mi honrado trabajo disfrutaba, había de ser poco duradero.

Vivíamos contentos y satisfechos: mi esposa, que era una santa mujer, amante de su familia, ama de su casa, económica y alegre como pocas; una hija de once años, en la cual su madre y yo teníamos puestos todos nuestros sentidos, y yo que gozaba como artesano, reputación de hábil, y como industrial, gran crédito y merecida reputación de honradez y de probidad.

Acontecimientos políticos en que me ví complicado por mi afecto sin límites a Espartero, me obligaron a emigrar abandonando mi establecimiento y mi familia: este fué el origen de todas mis desgracias. Mi ausencia, que juzgué sería de escasa duración, se prolongaba un año y otro; mi establecimiento vino a menos y hubo necesidad de traspasarlo. El deseo de ver a mi familia por una parte y por otra mis compromisos políticos, me hicieron regresar a España y tomé parte en las ocurrencias del 26 de marzo de 1848. Preso entonces y sentenciado a muerte, lograron las gestiones de antiguos parroquianos míos, que me estimaban, que se me indultase de la pena de muerte; pero fuí conducido a Filipinas en una de las cuerdas que salieron de Leganés.

Renunció a pintar la desolación que semejante acontecimiento llevó a mi casa, el trastorno que esto produjo a mi familia. Mi pobre mujer y mi desgraciada hija, que era a la sazón una hermosísima muchacha de diez y ocho años (no me ciega el amor de padre, he visto pocas mujeres que pudieran compararse con Rafaela), mi pobre mujer y mi pobre hija, digo, hubieron de dedicarse a coser para tiendas. Lucharon valiente, heroicamente con la miseria y la vencieron, lo digo con orgullo.

Pero lo que no consiguió la miseria, lo alcanzó por desgracia el halago, la seducción. Rafaela, mi hija, que por necesidad había de salir sola de casa para buscar trabajo en las tiendas y llevar a ellas el concluido, hubo de agrandar a un muchacho, aristócrata, muy rico, hijo único de una familia poderosa.

(Continuará)

### EL PUENTE RODADO DE SAINT-MALÓ

Habiendo recibido dos fotografías, una que reproduce el puente rodado en baja marea (fig. 1) y otra que le presenta en marea alta (fig. 2), nos creemos en el deber de hacer siquiera una ligera reseña de este curioso procedimiento de paso entre dos muelles. Bueno será que nuestros lectores tengan presente que, aunque estas dos ciudades están tan próximas que parece que se tocan con la mano, era necesario dar un gran rodeo para ir de una a otra. A fin de obviar este inconveniente, hace más de quince años que el arquitecto de Saint-Maló, M. Leroyer, construyó un puente, no móvil, ni de barcas ó de otro sistema conocido, sino rodado y formado por una ligera armadura de hierro, que sirviese para trasladar los pasajeros desde una a otra orilla del muelle.

El puente rodado está unido a dos cadenas, una que le

conduce a Saint-Maló y otra que le lleva a Saint-Serván, que se arrollan a una trasmisión de movimiento por medio de una máquina de vapor.

La parte superior de la armadura de hierro termina en una plataforma en la cual se colocan carruajes, caballerías

y mercancías, y que tiene un departamento independiente y cerrado para los pasajeros. El precio del viaje, por persona, es el de 5 céntimos al descubierto y el de 10 céntimos en reservado.

El puente rodado funciona de igual manera en pleam

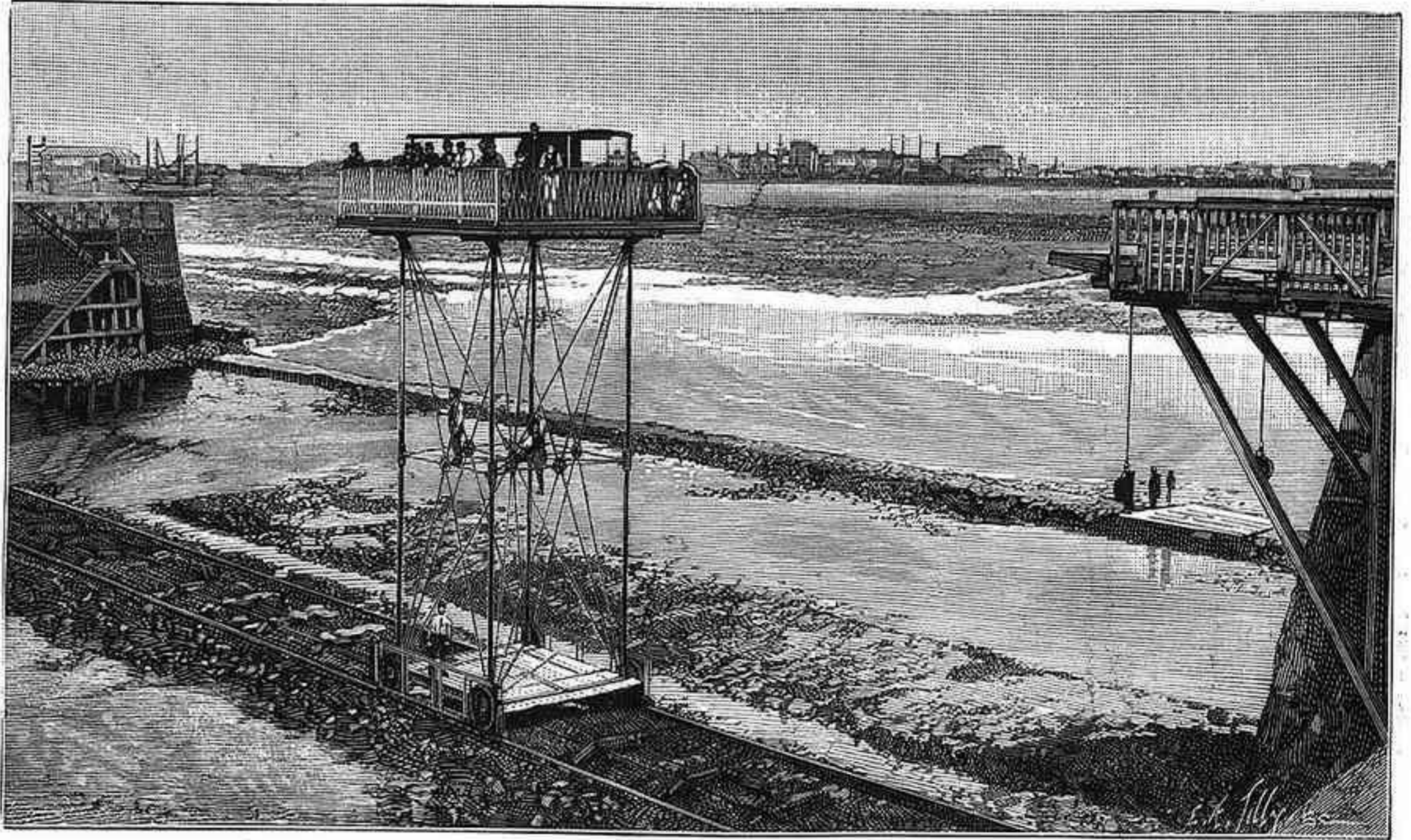


Fig. 1. El puente rodado de Saint-Maló, en baja marea. (De una fotografía.)

mar que en baja marea: en el primer caso, es un espectáculo muy curioso la vista de la plataforma suspendida por ligeras barras de hierro en medio del mar, y los pasajeros experimentan a veces grande emoción al verse suspendidos en medio de las aguas del Océano.

En la exposición universal que se celebró en París en 1878, presentó M. Leroyer un modelo en pequeño del puente rodado y acompañó una memoria descriptiva del mismo, de la cual tomamos estos datos.

Cuando el puente rodado no funciona, se coloca de manera que no embarace el paso de los buques; para lo cual hay en el murallón de la orilla de Saint-Maló un hueco igual a su longitud y anchura, y en la de Saint Serván un desembarcadero, como puede verse en la figura 1.<sup>a</sup>

La altura de los muros desde los rails es de 10<sup>m</sup> 50; durante las grandes mareas el puente queda sumergido en el agua diez metros. La distancia que recorre es de 90 metros, y tanto esta como su altura pueden aumentarse en caso necesario. La corriente del agua es de cinco a seis nudos y el paso de una orilla a otra se hace en 90 segundos, ó sean dos minutos y medio, por medio de una máquina de vapor.

Desde el año de 1871 en que se construyó este puente no ha habido ningún accidente que lamentar; nunca se han interrumpido las comunicaciones entre las dos ciudades y el puente ha funcionado sin sufrir entorpecimiento alguno, así de día como de noche, ya en baja marea ó en pleamar.

Con él se transportan carruajes y ganados, y su plataforma admite hasta cien pasajeros.

Nos extraña que no se haya imitado en otros puertos el ingenioso puente rodado de Saint-Maló, y por eso nos creemos en el deber de llamar la atención de los ingenieros y del público sobre una obra tan importante y tan útil.

G. TISSANDIER

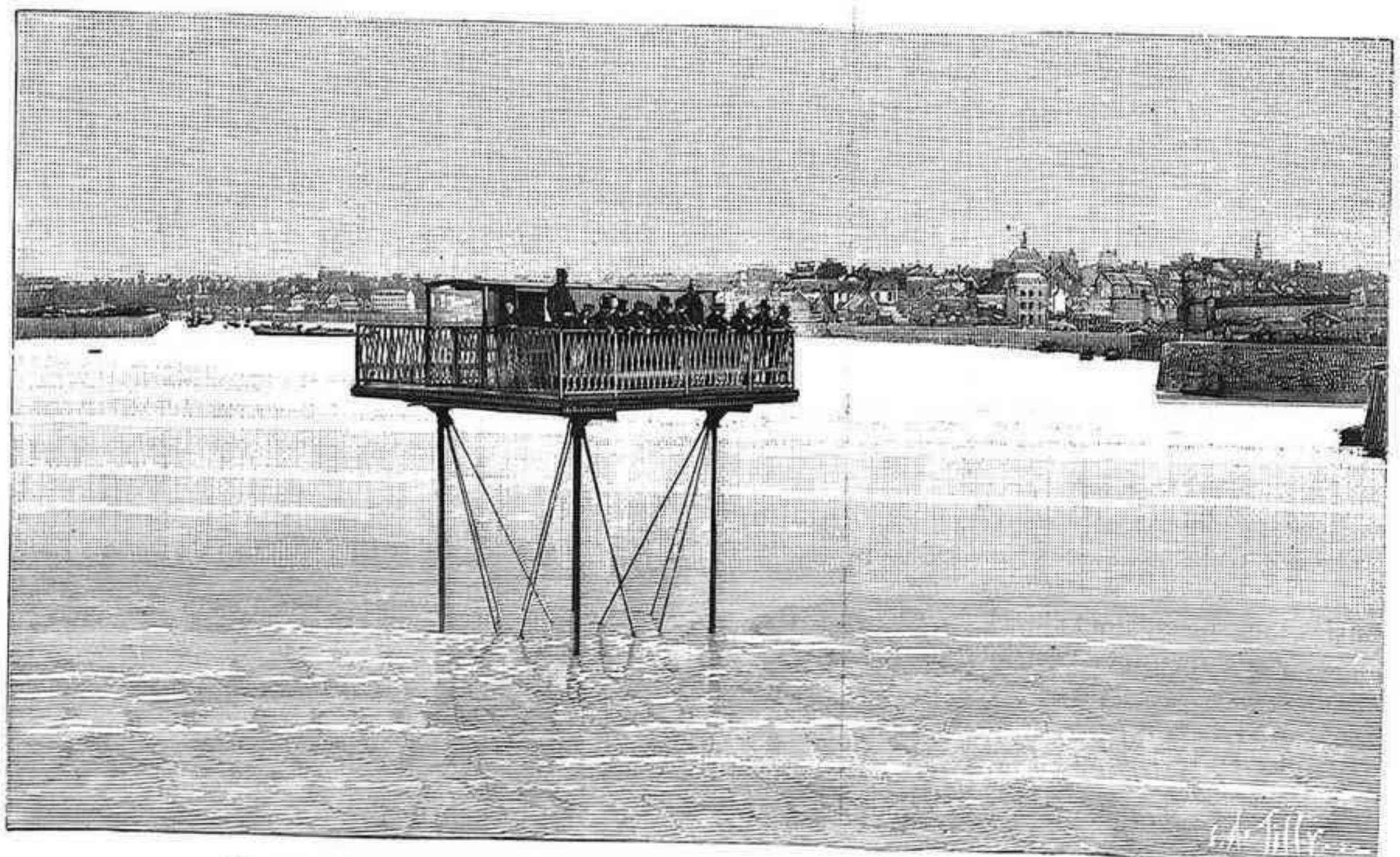


Fig. 2. El puente rodado de Saint-Maló, en marea alta. (De una fotografía.)

plantas fuera exclusivamente aquella función por la cual los vegetales se apoderan del ácido carbónico de la atmósfera, se apropian el carbono, lo descomponen, y liberan el oxígeno.

Claro es, pues, que no pueden ser a propósito para la vida aquellos recintos de viciadas atmósferas donde el oxígeno falte ó se halle en proporciones inadecuadas, ni tampoco aquellos sitios donde abunden los organismos microscópicos enemigos de nuestro ser.

\*\*

Pero sucede que la atmósfera puede estar enteramente sana, y, sin embargo, resultar impropia para la vida por falta ó sobra de la presión normal (760 milímetros de mercurio).

Desde que la pasión por las ascensiones difíciles se ha generalizado entre los turistas, son notorios los efectos patológicos producidos por la falta de presión del aire en las altas montañas: aceleración del pulso, somnolencia, vértigos, síncope, transudación de la sangre por las membranas mucosas, dolores musculares, sensación como de parálisis en los miembros inferiores, palidez de la piel, cianosis de la cara.

Estos síntomas (conocidos con el nombre de MAL DE LAS MONTAÑAS, aun cuando también se sienten en las altas ascensiones aerostáticas), proceden de la rareza del aire; y van cesando á medida que se desciende á lugar donde la presión atmosférica es la normal, ó se va acercando á ella.

A no ser por sus riquísimas minas, la meseta de Pasco en el Perú, la más alta de los Andes, pues se eleva á 14,000 pies sobre el nivel del mar, estaría deshabitada, no sólo por su baja temperatura y sus horribles tormentas de nieve y de granizo, sino también y muy principalmente por los mortales efectos del mal de las montañas, que pocos europeos pueden resistir. Los escasos indígenas allí habitantes son (en virtud del proceso llamado de adaptación) notables por lo enorme de su cavidad torácica, propia para alojar pulmones especiales. Solamente el llama, precioso y manso animal que carga la mitad que una mula, vive bien á tanta elevación.

Los caminos de hierro requieren obras sin precedente en la antigüedad. Respecto de la altura de los puentes de sillería, no han excedido apenas los ingenieros modernos las obras de los antiguos, y, en cuanto al abra de los arcos, no han llegado á tanto como ellos. El Puente de San Martín, sobre el Tajo, construido en 1203, tiene 40 metros de abra: el de Verona en Italia, edificado en 1354, se abre hasta 49 metros: el de Vieille-Broude en Francia, construcción de 1454, tiene 54, y el de Trezzo en Italia, quizá el de mayor abertura de la época antigua, alcanza 72 metros: su construcción data de 1377. Ningún puente de sillería del siglo actual llega á tanto. El puente de Chester sobre el Dee, en Inglaterra, edificado en 1834, cuenta un abra de 61 metros; y 67 tiene el de Cabin-John en los Estados Unidos, levantado en 1861.

Pero en cambio son muchos los puentes para ferrocarril con tramos de 100 metros y más. El puente sobre el Mississippi, en San Luis, tiene dos tramos de 152 metros de abra y uno de 158: cinco de 160 metros ostenta el puente sobre el Hudson, cerca de Poughkeepsie, en los Estados Unidos; y otro también de 160 metros se admira en el Puente sobre el Duero, Oporto, en Portugal. Y en cuanto á puentes colgantes, baste citar el de Brooklyn, Nueva York, cuyo tramo central cuenta casi medio kilómetro (487 metros) y los dos de las orillas 286 metros cada uno: el ancho de este puente colosal es de 26 metros, con dos vías de 5,70 cada una para carruajes, y otras dos de 3,86 para líneas férreas.

Necesariamente los cimientos de los estribos de estos puentes gigantes han exigido á veces trabajos bajo el nivel libre de las aguas hasta profundidades excepcionales, cuya ejecución habría sido, si no imposible, de seguro costósísima, y en todo caso muy incierta sin el empleo del aire comprimido.

Dentro de un gran cajón ó de un enorme tubo, rectangular muchas veces, cilíndrico con frecuencia, cerrado por su parte superior, abierto por la inferior, dentro del cual se inyecta continuamente aire hasta la presión necesaria para que las aguas no entren, trabajan en seco los obreros destinados á sentar los cimientos de estos puentes. Los hombres sacan primero los fangos, arenas ó piedras del lecho, y luego sientan los sillares y el hormigón hidráulico.



ALEGORÍA Á ESPAÑA É ISLAS FILIPINAS, copia de un cuadro de J. Luna

No es del caso describir ahora los medios ingeniosos imaginados para la entrada y salida de los trabajadores, extracción de arenas, fangos y guijarros inútiles, é introducción de los materiales de construcción. Baste decir que todo esto constituye por sí solo una de las más grandes

maravillas del arte moderno de las edificaciones hidráulicas.

En el puente de la Voulte en Francia se usó un tubo elíptico de palastro de doce metros de largo y cinco de ancho. En la esclusa de Rotterdam, el cajón-tubo llegó á 24 metros de largo por 9 de ancho; y en el puente de San Luis sobre el Mississippi se usaron tubos exagonales de 25 metros de largo por 18,50 de ancho. Pero todas estas dimensiones parecen exiguas cuando se contempla que en el puente de Brooklyn el cajón rectangular dentro del cual se construyeron los cimientos tenía 52 metros de longitud por 31 de anchura; es decir, una superficie de 1612 metros.

Pero las presiones más intensas que el hombre ha soportado no fueron en ese colosal cajón: fueron las de 3 at. 3 y 3 at. 4 en el puente Saint Louis del Mississippi, la cual todavía quedó excedida por la del puente de Lünfjord en Dinamarca, donde varió de 3 at. 50 á 3 at. 80, además de la natural de la atmósfera ambiente.

Numerosas fueron las desgracias ocurridas á los obreros en el citado puente de San Luis, por causa sólo de lo excesivo de la presión; pero muy más terribles resultaron las del puente de Lünfjord, donde á los males propios de tan insólita compresión, se agregaron los de explosiones de gases deletereos desprendidos de los fangos.

El primer efecto desastroso del aire á gran presión es producir fuertes dolores de oídos, y, en algunos casos sordera y neuralgias que se prolongan durante mucho tiempo. A veces sigue parálisis parcial ó completa. Muchos han muerto inmediatamente: otros en los hospitales ó en sus casas; y no pocos han quedado inútiles para el resto de su vida; pero en la gran mayoría de los casos los enfermos han recobrado por completo la salud.

Los efectos temibles no empiezan sino cuando la compresión del aire dentro de los cajones ó tubos llega hasta contrarrestar una carga hidráulica de 10 á 15 metros de agua, ó sea de una atmósfera á una atmósfera y media, sobre la normal del aire ambiente; y por tanto no hay verdadero peligro en las cimentaciones por medio del aire comprimido mientras no se trabaje á más de 15 metros por debajo del nivel libre de las aguas. Y aun los efectos á mayores profundidades no son de temer si se toman ciertas precauciones que recomienda la experiencia.

No debe admitirse á obreros que no sean jóvenes, de robusta complexión y de buenas costumbres.

No ha de permitirse á nadie el trabajo á grandes profundidades mientras no se hayan habituado á la compresión de esas atmósferas artificiales en presiones inferiores á una carga hidráulica de 10 metros ó sea inferiores á una atmósfera.

Ha de sacarse inmediatamente al aire libre á todo obrero al primer síntoma de accidente.

Se reducirá el trabajo á 2 horas cuando la carga hidráulica llegue á 20 metros; y á una hora solamente cuando la presión suba hasta 25.

Por último, cerca de las obras debe haber constantemente un médico de guardia y un botiquín bien surtido de los auxilios necesarios.

De lo dicho se deduce que el hombre no puede exponerse sin gran peligro á una rarefacción del aire en las montañas y los globos aerostáticos inferior á  $\frac{2}{3}$  de atmósfera ni á una compresión en los tubos ó cajones superior á 3.

La presión normal de 760 milímetros de mercurio se encuentra á orillas del mar; y bien conocidos son en España sus efectos bienhechores de los que en sus excursiones veraniegas abandonan las elevadas mesetas de Castilla, donde la presión es de 700 milímetros ó poco más, y van á tomar baños en las lluviosas playas del Cantábrico ó en las deliciosas del mar de Andalucía.

E. BENOT

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN